

El descubrimiento de las islas del Rey Salomón *

Por: José Antonio del Busto D.

Los antecedentes

La conquista de las Islas Filipinas realizada desde Nueva España por Miguel López de Legazpi, despertó en ese virreinato y también en el Perú, una corriente descubridora encaminada a ganar para Castilla las desconocidas insulas del Mar del Sur. Ruy López de Villalobos, pretendiendo acercar más las Filipinas al Nuevo Mundo tornó a salir de México con propósito descubridor y colonizador, pero topó con los portugueses que se le habían adelantado por el Océano Indico y tuvo que contemporizar para eludir mayores pérdidas. La Especería era lusitana; desde Goa y Calicut a las Molucas mandaba el Rey de Portugal ¹. Entonces fue que, acaso para dulcificar su fracaso con la esperanza de nuevos descubrimientos geográficos, salió de Filipinas un capitán de Ruy López llamado Iñigo Ortiz de Retes, quien no navegó con malos vientos porque en junio de 1545 descubrió Nueva Guinea. La nombró así por los papúas, isleños negroides parecidos a los africanos de Guinea. Tratando de seguir su descubrimiento aportó a unas islas que llamó de Salomón. Eran las del Almirantazgo, Nueva Irlanda y Nueva Bretaña o archipiélago de las Bismarck, mas no halló ninguna maravilla y Retes regreso ². Así quedaron los descubrimientos castellanos desde México en aquellas regiones, por lo que ahora pasamos al Perú.

Aquí también existió una fiebre por los descubrimientos marítimos, sólo que las frecuentes Guerras Civiles retardaron su marcha. La inició el marqués Francisco Pizarro quien vivió sus últimos años obsesionado por el hallazgo de las misteriosas Islas del Paraíso. Gómez de Solís, otro capitán de las guerras peruleras, obtuvo en 1550 permiso de la Audiencia limeña para descubrir "*unas islas grandes y ricas*", ³ que estaban frente a Acarí, "*bien*

(*) (Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia)

1. VARGAS UGARTE S. J., Rubén... *Historia del Perú*.— Buenos Aires. Imprenta A. Baiocco, 1949.— T. I, cap. VIII, p. 173.
2. *Loc. cit.*
3. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú*.— Buenos Aires. Imprenta de la Compañía General Fabril Financiera, 1945.— Cap. LXXVI, p. 212.

adentro en la mar" ⁴. Lorenzo de Estupiñán y Figueroa, natural de Jerez de la Frontera y Corregidor que fue de La Paz, también hizo lo indecible por partir hacia el Poniente en demanda de nuevas tierras ⁵. Pero superior a su entusiasmo fue el de Pedro de Ahedo y Diego Maldonado, el Rico, hombres que llegaron a endeudarse para alcanzar el mando de otra expedición. Corrían ya los tiempos del licenciado Lope García de Castro, letrado que gobernaba el Perú por muerte del Virrey Conde de Nieva, cuando se alistaron en el Callao dos navíos para efectuar la jornada: uno era el nombrado *Los Reyes*, el otro el *Todos los Santos*. Ahedo y Maldonado se disputaban el pomposo título de General de aquella empresa. Ninguno tenía experiencia marinera, pero, en cambio, iba por capitán del primer navío el pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa, hombre que sabía el arte de marear, acompañándolo por Piloto Mayor el veterano Hernán Gallego; capitán del *Todos los Santos* lo era Pedro de Ortega Valencia, que llevaba también el cargo de Maestre de Campo de los soldados viajeros, y piloto el popular Pedro Rodríguez, marino que hacía muchos años vivía aferrado al gobernalle. La pequeña armada constaba de ciento veinte hombres entre marineros, soldados y servidores, sin contar dos o tres franciscanos que llevaban por Vicario a fray Francisco Gálvez, varón de rara virtud ⁶. Todo estaba listo para enero de 1567, pero he aquí que surgió lo inesperado el famoso *Motín de los Mestizos*. Delatados los de la liga, al someterse los primeros presos a la confesión por tormento, surgieron los nombres de los cabecillas: uno era Pedro de Ahedo, el otro Juan Arias Maldonado, hijo de Diego Maldonado, el Rico ⁷.

Con las tripulaciones pagadas y los soldados listos, los dos barcos quedaron al ancla en el Callao. Se había gastado tanto en pertrechar aquella armada que ya no se podía disolver. El Gobernador Lope García de Castro desconfiaba de todos y buscaba un hombre, sólo uno, que le inspirara confianza para darle el mando de la expedición. Pero todos tenían un pasado turbio por razón de las Guerras Civiles. No había en quien confiar.

Por fin un día, luego de varios meses, se decidió el Gobernador. Su sobrino Alvaro de Mendaña y Neyra, hidalgo de Galicia que estaba en Lima entregado al tráfico de mercaderías, resultó el hombre ideal. No tenía pasado traidor, gustoso rompería con el presente mercante tan reñido con su sangre hidalga; no faltaba, pues, sino proponerle un futuro promisor. Y el mancebo fue llamado a la casa de su tío el señor Gobernador, acudiendo

4. *Loc. cit.*

5. RIVA AGUERO Y OSMA, José de la... *El primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, y su posteridad*.— Lima, Imprenta Gil, 1935.— p. 47.

6. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Maldonado el Rico, señor de los Andahuaylas*, en: *Revista Histórica*, Lima, 1962-1963.— T. XXVI, p. 130. VARGAS UGARTE S. J. Rubén... *Op. cit.*, cap. VIII, p. 174.

7. BUSTO DUTHURBURU, José Antonio del... *Op. cit.*, p. 131.

LOPEZ MARTINEZ, Héctor... *Un motín de mestizos en 1567*, en: *Mercurio Peruano*, Lima, marzo de 1962, número 419, pp. 114 a 119.

con la prontitud que le brindaban sus veintiseis años cumplidos. Hecha la propuesta, deslumbrado el mozo, allí mismo se firmó el despacho de Capitán General. De inmediato salieron los correos de a caballo hacia el Callao y los soldados dejaron las tabernas de la Ciudad de los Reyes para recogerse al puerto. El zarpe iba a ser muy pronto: el 19 de noviembre, día de Santa Isabel. Y recibiendo su detallada *Instrucción*, despedido como General, Alvaro de Mendaña salió para hacerse cargo de la armada ⁸.

La plebe debió preguntarse mucho sobre el nuevo General. La común conjetura fue que su nombramiento se debía a ser sobrino del Gobernador, lo que no dejaba de ser cierto. En todo caso era gallego y, por tanto, sabía de mar. . . La verdad es que no interesaba si sabía o no de navegación; eran tiempos en los que importaba más el nombre que el hombre, y Alvaro de Mendaña y Neyra más hidalgo no podía ser. Por Mendaña lucía "*en campo de oro, seis roeles de gules, puestos en dos palos*", ⁹ por Neyra traía en otro blasón dorado "*dos fajas ondeadas de azur*" ¹⁰, rodeando el todo una bordura de sinople con cinco veneras de plata. Escudos con tales piezas, dirían los heraldistas, determinan un marino. Y casi era verdad. Por un lado las armas de los Mendaña semejaban un barco de seis velas cargadas en dos mástiles; por el otro, las ondas y las almejas de Neyra también hablaban de mar. Era la complicada imaginación de los reyes de armas la que hacía decir estas cosas, forzando la realidad. Pero convengamos, siempre ello resultaba más fácil que profetizar meses antes que el hidalgo mercader Alvaro de Mendaña y Neyra, hijo del Viejo Mundo, partiría del Mundo Nuevo a redescubrir el Novísimo.

La búsqueda

Zarpados del Callao y doblada la Isla de Lobos —nombre que entonces tenía el peñón de San Lorenzo— los dos navíos se lanzaron mar afuera, lo que tuvieron muchos por temeridad, pues lo común en estos casos era aproar a otro puerto pequeño so color de reparar averías de última hora o de cargar más leña y bastimento. No ocurrió así esta vez, por lo que todos se des-

8. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro. . . *Relación hecha por el Capitán Pedro Sarmiento de lo sucedido en el viaje que verificó con Alvaro de Mendaña en descubrimiento de las Islas de Salomón*, en: LANDIN CARRASCO, Amancio. . . *Vida y Viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa*.— Madrid, Imprenta Aldecoa (Burgos). 1945.— p. 216.

Aunque algún autor moderno señale el 10 de noviembre como fecha de zarpe, todos los documentos y también el *P. Celsus Kelly O. F. M.*, a quien consultamos personalmente sobre muchos puntos de la expedición durante su estadía en Lima (abril de 1968), concuerdan en que fue el 19 de noviembre. La opinión del historiador franciscano la valoramos de manera muy especial, por ser el mayor erudito hasta el día de hoy sobre los viajes peruleros descubridores de diversos archipiélagos de Oceanía. Como si esto fuera poco, el nombre de la Isla de Santa Isabel, confirma lo que decimos.

9. ATIENZA, Julio de. . . *Nobiliario Español*.— Madrid, Industrias Gráficas España, 1948.— p. 929.

10. *Ibidem*, p. 1001.

pidieron de la idea de bajar en Pisco por vino o de probar los dulces de Chérrepe. Lo cierto fue que se salió “*al golpho*”,¹¹ nombre que daban los marinos a la mar abierta, topándose allí con poco viento, tan poco que amenazaba derivar en calma chicha. El primer día, pues, fue de calmerías y mar boba, viendo todos caer el sol al tiempo que estaban las velas desfallecidas y los gallardetes muertos. Pero amanecido el segundo repicó el viento y las velas que lucían flácidas se dieron a él con más ganas, poniéndose barrigonas o preñadas y haciendo crujir los masteleros y curvarse los palos mayores. Los expedicionarios se animaron con el hecho y, recordando las islas misteriosas que salían a buscar, dieron en hablar de mil dorados proyectos.

El rumbo tomado desde el zarpe fue el Oeste-Sudoeste, por prescripción de Pedro Sarmiento de Gamboa, aprovechándose así los vientos Nor-Este y Sur-Este que, aunque débiles y apacibles, servían para navegar. Se perseveró en este rumbo, salvo ligeras variantes, hasta el viernes 28 de noviembre, pero “*Este dicho día mudó Hernán Gallego la derrota y empeço la Vía del Oeste quarta al sudueste que es una quarta más baja del camino que havíamos traído*”¹². El cambio lo hizo sin aprobación de Sarmiento —que era el teórico de la expedición—, sin el parecer de ningún piloto y, lo que era peor, contrariando la *Instrucción*. No gustó al primero la manobra y disgustado con ella fue a decirle al General Mendaña que no la consistiese y ordenara se enmendase el timón. Aducía Sarmiento que la desobediencia de Gallego los llevaría a no encontrar isla alguna, que el cambio era un error, que tenían que recuperar el rumbo. Mendaña no le dió la razón; Sarmiento se sintió frenado y lo tomó a desaire, conjeturando entonces que el cambio de rumbo no sólo era conocido por Mendaña sino que se había efectuado con su licencia. Además, Hernán Gallego era el Piloto Mayor. Por estar el viaje en sus inicios Sarmiento consideró prudente callar. Esa misma tarde, ahogando sus amarguras en las aguas del océano, nos lo imaginamos observando esa extraña corriente que iba al Sur-Oeste y que ya días antes había atraído sus atención. ¡Dichosa aquella corriente que no cambiaba su rumbo!¹³

Pero un amanecer no quiso Dios que lo tuvieran tan bueno y un violento encontronazo sacó a todos del camastro en que se hallaban durmiendo. Fue el domingo 30 de noviembre, día de San Andrés. Temerosos de haber encallado subieron los despertados a cubierta maldiciendo al arrecife o mala peña causante del estropicio; pero ya en la borda miraron hacia abajo no descubriendo ningún bajío sino sólo una deforme ballena atontada por el golpe que se alejaba con pesadez por la cuadra de estribor. Se temió entonces que el animal hubiera hecho una vía de agua y bajaron los gru-

11. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Loc. cit.*

12. *Loc. cit.*

13. *Ibidem*, pp. 216 y 217.

metes a indagar, mas no se descubrió forado alguno por lo que alguien piadosamente escribió: *fue Dios seruido que no Receuimos daño*" 14. Ni Mendaña, ni Sarmiento ni Gallego dijeron nada, pero la presencia del cetáceo debió recordarles la Leyenda de San Brandán, narración de origen celta que los tres escucharon cuando niños.

La navegación se retomó sin mayores contratiempos; sin embargo, entre el 1 y el 2 de diciembre el mar se empezó a picar, maliciando algunos la proximidad de tierra. La presencia de unas aves el día 3, que resultaron ser grajos y piqueros, acentuó la sospecha, llegándose casi a la evidencia cuando por la noche se escucharon truenos. Así amaneció el jueves 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, patrona de los artilleros. Este día no tronó ni se vieron aves, pero a la hora de vísperas, alrededor de las seis de la tarde, el soldado Alonso Rodríguez Franco gritó: "*¡Tierra!*". El marinero Manuel Alvarez lo secundó en su vocear, y ambos a una prosiguieron sus aspavientos y gritos. Efectivamente, sobre un horizonte morado y bajo un sol que todo lo teñía de fuego, asomaba una tierra alta y bermeja con apariencia de isla. Su silueta, bañada por la luz del crepúsculo, mostraba "*gran cuerpo della*" 15 y su mole "*ynchia la vista*" 16. A Sarmiento le dio un vuelco el corazón: estaba ante la primera ínsula. Mendaña se mostró bastante escéptico, ayudándolo Hernán Gallego a dudar del descubrimiento. Pero el pontevedrés no se percató de nada y fijando sus ojos en la brújula, comenzó a perseguir el anaranjado peñón con la aguja. Por eso escribió luego: "*La ybamos mudando de rumbo y ella no se mudaua de figura, que hera señal de estar cerca*" 17. Mas el sol ya se hundía en el mar y no daba tiempo a precisar más detalles. Era necesario amainar y esperar hasta el día siguiente para reconocerla como merecía. Sarmiento estaba en el colmo de su arrebató, los soldados aferrados a la borda miraban y comentaban, los marineros encaramados en los palos también miraban con avidez. Solamente el Capitán General Alvaro de Mendaña se atrevió a romper aquel momento casi sagrado para opinar siempre escéptico que aquello no era una isla sino un celaje de los muchos que suelen darse en la mar. Hernán Gallego opinó lo mismo. Sarmiento se escandalizó con la incredulidad de ambos y marchó hacia Mendaña para asegurarle con la última luz crepuscular —"*que es cuando suelen certificarse Las señales de Vista de tierra*" 18— que aquella no era una ilusión sino una percepción "*más clara y biua que en todo el día*" 19. Pero el General se encogió de hombros y no le dio la razón. Desesperado Sarmiento "*Rogó al General pues que Venían a descubrir y Dios les hazía merced tan breuemente, que marcasen la*

14. *Ibidem*, p. 217.

15. *Loc. cit.*

16. *Loc. cit.*

17. *Loc. cit.*

18. *Loc. cit.*

19. *Loc. cit.*

tierra y amainasen hasta la mañana y así se certificarían de lo que herá”²⁰, pero Mendaña se mostró amigo de no perder tiempo y obstinado como era, ordenó proseguir. Y “así contra la voluntad casi de todos pasó de largo quedando grandissima lástima en los coraçones de todos los soldados porque si no herá como en Realidad de Verdad el capitán Pedro Sarmiento se afirmó y afirma que lo herá, hisiere grandissima hazienda aunque no quiera otra Riqueza más de ser poblada y hauer agua y Leña y alguna comida”²¹. Entonces fue que Sarmiento pensó que Mendaña y Gallego —¡Dios sabía por qué!— no deseaban descubrimientos sino llegar a las Filipinas. Verdad o no, lo cierto era que “prosiguiendo y perseverando en la mala derrota yban decayendo de altura”²², los navios de Mendaña.

El episodio no puede ser más desconcertante. Por un lado está la afirmación de Sarmiento, marino ansioso de hallazgos; por otro Mendaña, hombre que mira con desgano los presuntos descubrimientos de su paisano. Sarmiento es cosmógrafo, astrónomo y experimentado en horizontes; Mendaña un improvisado que se apoya en el fallo celoso de Gallego. Uno afirma convencido, el otro niega con terquedad. ¿Cuál de ellos tuvo entonces la razón? Hoy, después de cuatrocientos años, tenemos casi nada que añadir. Lo evidente es que donde Sarmiento señalaba hoy no vemos isla en el mapa. Vista desde otro ángulo, la derrota de Mendaña es riquísima en celajes. Aparecen, preferentemente por la tarde, islas inexistentes dibujadas en el horizonte con sorprendente realismo. A veces surgen archipiélagos enteros con sus picachos agudos y morros gigantescos que se adentran en el mar. El fenómeno casi siempre se da entre el observador y el sol agonizante; lo verdaderamente extraño en este caso es que la isla quedará al Nor-Noreste y luciera iluminada. Esto es lo que nos hace pensar en favor de Sarmiento, porque en el primer caso las islas lucen oscuras. Evidentemente ya Sarmiento conocía la célebre navegación de Túpac Yupanqui en el siglo XV, por lo que escribiría luego: “Navegó Topa Inga y fue y descubrió las islas Auachumbi y Niñanchumbi, y volvió de allá, de donde trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco hasta el tiempo de los españoles. Este pellejo y quijada de caballo guardaba un inga principal que hoy vive y dió esta relación, y al ratificarse los demás —incas informantes miembros de las panacas reales— se halló presente, y llámase Urcu Guaranga. Hago instancia en esto, porque a los que supieran algo de Indias les parecerá un caso extraño y dificultoso de creer... Estas son las islas que yo, el año de sesenta y siete [sic], a treinta de noviembre [sic], descubri en el Mar del Sur, ducientas y tantas leguas de Lima, al poniente de Lima, yendo al gran descubrimiento de que yo di noticia al

20. Loc. cit.

21. Loc. cit.

22. Loc. cit.

governador o licenciado Castro. Y no las quiso tomar Alvaro de Mendaña, general de la armada”²³.

Cinco años después de estar frente a su isla, Sarmiento seguía creyendo en ella como cabeza de archipiélago, aunque equivocando el día, mes y año en que recordaba haberla visto. Todo esto es lo que hace pensar en una isla desaparecida. Pudo destruirse ella misma si aceptamos su naturaleza volcánica, algo nada difícil de acontecer a esa altura del océano. La hipótesis cobra mayor fuerza si atendemos que el nombre de *Ninachumbi* lleva implícito la raíz *nina*, que en quechua se traduce fuego. Cuando se dice que el Inca regresó con *gente negra*, pensamos, sin querer, en los melanodermos que luego vio Sarmiento en las Islas Salomón. Conocemos lo que al respecto se ha dicho y se dice: los micetos equinociales, los cueros y quijadas de vacas marinas, los troncos metálicos de la costa ecuatorial. Pero es que ahora queremos pensar, por lo menos un instante, en la posibilidad de que la avistada el día de Santa Bárbara hubiera sido isla, acaso la misma de Túpac Inca. No soñamos con Atlántidas en el Pacífico, pero tenemos derecho a referirnos —calculando las leguas recorridas hasta entonces por Mendaña— a uno de esos múltiples caprichos geológicos aledaños al nombre submarino Elena, cerca de las colinas abisales que los mapas del fondo del mar muestran en las inmediaciones del meridiano 115 y el décimo paralelo austral. La zona está luego de la gran Elevación del Pacífico Oriental y la rodean islas que como las Galápagos, las Marquesas, las Sociedad, las Tuamotú, Pitcaira y Pascua predicen su estirpe volcánica. Los *guyots*, volcanes que perdieron su cabeza que asomaba sobre el mar y que hoy son inadvertidos accidentes submarinos, suman más de quinientos en el Pacífico. Se cree que sus cimas desaparecieron debido a explosiones no muy viejas; en ocasiones el proceso es mucho más simple: el volcán arroja sólo gas y pumita, quedando en su interior una cavidad vacía en la cual se desploma el pico una vez terminada la presión. Otros sostienen que —sin necesidad de explosión ni de hundimiento— la acción erosiva del oleaje decapitó estos picos de fuego. En este último caso las *corcovas* del océano serían *volcanes naufragos*. La presencia en ellos de cantos rodados y de porciones graníticas así lo han llegado a probar. Hoy, cuatrocientos años después del episodio, repetimos, poco es lo que tenemos que decir sobre esa presunta isla que pudo llamarse de *Santa Bárbara* pero que murió sin nombre, por lo cual las cartas náuticas podrían anotar su dudosa existencia y bautizarla *Isla Innominada*, aunque, a decir verdad, mejor haría en llamarse: la *Discutida*.

Si algo hubo que no pasó inadvertido en el tiempo que siguió fueron las protestas de Sarmiento al General Mendaña. El quejoso pontevedrés pensaba —aunque no lo decía— que con un General tan mozo como Men-

23. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas*.— Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina, 1947.— pp. 216 y 217.

daña antes se desparramaba que se recogía. En varias ocasiones lo fue a ver para decirle que no podían seguir apartándose de las islas que habían salido a buscar; que mirase cómo de continuar así perderían el verano para hacer los descubrimientos pues los vientos se tornarían contrarios; que cumpliese con lo que ordenaba la *Instrucción* y se alejase de la equinoccial. Pero Mendaña desoía a Sarmiento y opinaba que las tierras no quedaban a babor. Sarmiento insistía apoyándose en la presencia de rabiñorcados, piqueros y gaviotas que volaban de aquella dirección en las mañanas para retornar al mismo punto por las tardes; “y lo que hera más cierta señal, truenos y Relampagos del Sur y sudueste, porque según *Regla Natural la gruesa Materia que causa semejantes efectos naturales es causa de los pesados vapores de la Tierra y no de las leues oscilaciones de la Mar, y así es prouadissima experiencia que quando Vamos de alto golpho y oyños truenos y Relampagos damos luego en tierra breuemente, así a la parte que se oyen porque Las tales nubes y meteuros Rompen sobre la propia tierra*”²⁴. Con estas y otras reflexiones pretendía Sarmiento vencer la terquedad de Mendaña. En el colmo de la desesperación llegó Sarmiento a pedir que lo escuchara y que si accediendo a lo que decía no descubrirían tierra, “*que le echasen a la Mar como a hombre que auia engañado a su Rey*”²⁵.

Hombre que secundó mucho a Sarmiento en sus pedidos lo fue el Maestre de Campo Pedro de Ortega, quien, aunque viajaba en la almiranta, se daba tiempo para acudir a la capitana y hablar con el General, mas como tampoco éste le hacía mayor caso, terminaba por retirarse ronco de tanto gritar, marchándose frenético a su barco. Uno de los tantos días de discusión, estando juntos Mendaña, Sarmiento y Ortega, los últimos dijeron al primero que ya no podían hacer más y que toda la responsabilidad de la expedición era del Capitán General, quien algún día se vería en la obligación de rendir cuenta de ella. Parece que recién Mendaña entendió su postura de capricho, “*porque calló como quien se sentía culpado*”²⁶.

Desde el 4 de diciembre en adelante —salvo las porfías dichas— casi no hubo novedad en lo que restó del mes. Pero en la noche de Año Nuevo, al tiempo de la primera guardia, cayó un hombre al agua salvándose de morir gracias a que fue sentido, a que se amainaron las velas, a que no hubo tiburones y, sobre todo, a que dos marineros se arrojaron al mar con un escotillón atado a una cuerda. En suma, se recobró al accidentado, pero por darle socorro estuvieron a punto de embestirse los navíos, lo que hubiera traído consigo el trabarse las antes y enredarse los cables, amén del peligro de zozobrar. Los ocho días siguientes no sirvieron sino para que se reptiera el grito de ¡*Hombre al agua!* Menos mal que ya se había adop-

24. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Relación...* cit., p. 218.

25. *Loc. cit.*

26. *Ibidem*, p. 219.

tado la precaución de arrastrar de continuo un cabo por la popa, por lo que el caído se aferraba a él con todas sus fuerzas y, dando voces, podía ser rescatado.

Otro día un nuevo percance puso en peligro la vida de todos: el agua de las pipas se puso tan dañada “*que no se podía beber de amarga y hedienda*”²⁷. En vano la quisieron mezclar con vino para “*mejorarla*”. Cuando el agua se ponía con los primeros síntomas de corrupción los pajes se daban maña para servirla de noche, siempre en vasos de madera que impidieran apreciar lo viscosa que ya estaba; pero a la larga el sabor ponía en guardia a todos los bebedores, siendo entonces que se la “*beneficiaba*” con vino para poderla pasar. No cabía la menor duda de que la fermentación había alcanzado su punto máximo. Si se hubieran tomado el trabajo de quebrar las pipas con hachas habrían podido apreciar cómo cada una de ellas era un cubil de cucarachas. En estas condiciones no había más remedio que colar el agua en un cedazo de lona, luego servirla en vasos de madera y, por último, beberla.

Algo similar ocurrió con la comida. Todo el pescado en salmuera y gran parte de la carne salada se pudrieron dentro de los barriles que les servía de envase, amenazando con intoxicar a cuantos los comieran. Esto hizo que las raciones se acortaran y —de suculentas que habían sido en un principio— terminaran reducidas a hilachas de la poca carne buena, algunos mendrugos de pan o acaso un vaso de agua en las condiciones que conocemos. El pan de la navegación —tiempo es de decirlo— era el migoso *bizcocho* que cuando pasaban los días se tornaba más que recio, adquiriendo entonces el apropiado nombre de *galleta*. Esta galleta de a bordo de puro dura no se podía morder —también porque en esa época lo común era perder los dientes temprano— y aquel “*pan de palo*” que cuando caía al suelo “*tableteaba*” tenía que mojarse entonces en agua, naciendo de este matrimonio las famosas “*sopas de pan*” que causaban vómitos a los que navegaban por vez primera. La jornada de Mendaña no fue, pues, ajena a estos sufrimientos, siendo sí de sorprender que con una alimentación tan pobre no surgiera el escorbuto para hacerlos perder los últimos dientes a los que les quedaban.

A comienzos del año 68 el rumbo había variado de tal modo que las naves estaban a cinco grados del ecuador. Habían pasado —hoy lo sabemos— al Norte de las Marquesas y de las Islas de la Sociedad, cerca del archipiélago de la Unión y al Sur de las Gilbert y las Ellice; en otras palabras, los expedicionarios habían cruzado el mundo polinesio sin haberse percatado en absoluto de ello. Resulta difícil creer cómo en un mar de tantas islas, los navegantes no hubieran dado con ninguna. La gente tenía recelo de la aparente soledad y, no viendo sino mar, se entristecía y angustiaba. A su vez Alvaro de Mendaña no las tenía todas consigo y advirtien-

27. *Ibidem*, p. 220.

do que el piloto Hernán Gallego desatinaba en la carta de marear, llamó un día a Sarmiento y, casi presentándole sus excusas por todo lo pasado y pidiéndole que por amor de Dios lo olvidase, le rogó que encaminase las naos. Sarmiento confesó a Mendaña que el rumbo “*estaua tan perdido que sería muy dificultoso cobrallo porque la tierra quedaba atrás y con el tiempo que hazía no se podía yr a ella, mas que al Oeste quarta al sudueste hauia tierra muy poblada que yendo a ella se podían Reformar y esperar tiempo y hazer el bergantín que yba determinado de hazerse y así boluerían a enmendar lo herrado*”²⁸. Y dicho esto, Sarmiento desplegó a los ojos del General un mapa o padrón de aquéllas partes, mostrándole la mala derrota que hasta allí habían traído y enterándolo de la que deberían llevar. Mendaña no tuvo más salida que acceder y entonces el pontevedrés mandó gobernar al Oeste, cuarta al Sud-Oeste.

Una semana después —el 15 de enero de 1568— un grumete de la capitana llamado Juan Trejo gritó: “*¡Tierra!*”, desde lo alto de una gavia. Ahora sí que nadie podía dudar del hallazgo. Eran las nueve de la mañana y no había posibilidad de celaje alguno. Además, la tierra estaba tan cerca que un hombre de buena vista podía ver las palmas y cocoteros. Era una isla, una isla de verdad... Al momento cayeron todos de rodillas y entonaron el *Secundum Laudamus*, dando gracias a Dios por lo bien que empezaba lo que ya vislumbraban ser una cadena de islas por descubrir. Pero pasado el momento de fervor el piloto Gallego —acaso dolido por sentirse desplazado— no quiso acercarse a la isleta alegando que era despoblada y pobre. Sarmiento se aferró a la contraria opinión, arguyendo que era tierra habitada y que, por tanto allí se podrían tomar nativos que sirvieran de guías e intérpretes. Mendaña se sintió en la obligación de terciar y, sin darle abiertamente la razón a Sarmiento, como decisión suya, mandó acercarse a la isla. Lo hizo algo a destiempo porque el viento y la corriente llevaban a las naos al Oeste, por lo que a eso de las dos de la tarde la isla quedaba por popa. Aún así se logró virar y acercarse a tierra, saliendo de ella —ante la sorpresa y alegría de los soldados— siete piraguas o canaluchos “*de ysleños yndios*”²⁹ que remaron hasta colocarse a un tiro de arcabuz de la capitana. Allí se detuvieron y alzando los remos hicieron señas con ellos a manera de saludo. Los marineros les contestaron con paños blancos en señal de paz, pero estas muestras de amistad no convencieron demasiado a los nativos, quienes tornando a bogar enfilaron a la boscosa playa, reiniciando allí sus señales, esta vez con banderas de palma blanca. Esa noche los isleños prendieron fogatas, respondiendo los de la capitana con faroles, pero apagado el gran fanal de popa a la hora del *clubrefuego*, mataron ellos sus hogueras no quedando más luminarias que las estrellas del cielo. El mar se puso bravo y las olas empezaron a estrellarse ruidosamente contra los

28. *Loc. cit.*

29. *Ibidem*, p. 221.

farallones de la costa. La almiranta, con su pesadez característica, maniobraba con dificultad; la capitana tampoco presumía de ligera pero tenía mejores movimientos. Mendaña consideró arriesgado tomar una isla que en principio ofrecía sólo palmas cocoteras y temiendo dar en los arrecifes y desfondar sus barcos, decidió abandonar esas aguas que hervían de pescado y espuma. Posteriormente Mendaña explicó este alejamiento diciendo que lo hizo por no arriesgar las naos, especialmente la almiranta, nave lenta, pesada y difícil de gobernar. Cuando a su tiempo los del *Todos los Santos* le preguntaron que por qué no había tomado la isla, escribió el General: “Yo les respondí que, por no ponerlos a ellos en peligro de perderse, no se había tomado, aunque pude, Ellos me respondieron que si yo la tomara, que aunque fuera quebrando los mástiles y muriendo, que ellos la tomaran; díxeles que aquellos [males] quise yo excusar”³⁰. La respuesta es segura, aunque su escritura tardía. La verdad es que no deseaba que luego se reconociese el hallazgo de la isla como algo principal y quedase como obra de Sarmiento. Mendaña quería islas descubiertas por él, sin el consejo de nadie, y ahora sería factible hallar muchas adelante. Muchas, sí: un archipiélago entero... Y los soldados entristecidos vieron desde la borda alejarse a la *Nombre de Jesús*, isla cuyas palmas se agitaban con el viento como dándoles un adiós definitivo a los viajeros.

La verdad etnográfica sobre aquel lugar no constituye un cerrado misterio. Los indígenas pasaban de cuarenta, pues habían sido seis o siete los que tripulaban cada piragua, y parecían demasiados para una isleta que no llegaba a las siete leguas de perímetro. Ningún testigo dijo haber visto mujeres, por lo que cundió la voz de que aquellos “yndios” estaban allí de paso, pues su patria era otra isla. Hoy estamos por creer que eran recolectores de cocos llegados para su cosecha anual. El hecho de que el piloto Hernán Gallego identificara al grupo como “gente amulatada”³¹, nos lleva a la evidencia de que no eran polinesios sino melanesios.

La verdad geográfica es más compleja. La isla en cuestión pertenecía al archipiélago de la Santa Cruz, pudiendo ser la Anuda, Tikopia o Mitre la avistada, por ser ellas las más orientales. Esto no quita la posibilidad de que hubiera sido otra del conjunto —Osino Utupua, Ndeni, las Duff, Tinakula, Vanikoro, Tevai, Nupani o las Swallos— situadas más al Occidente.

Y así, unas veces acercándose a la equinoccial, otras apartándose de ella, el navío *Los Reyes* seguido del *Todos los Santos* continuó la derrota

30. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. IV, pp. 32 y 33.

31. GALLEGO, Hernán... *Relación del piloto Hernán Gallego*, en: ZARAGOZA, Justo... *Historia del descubrimiento de las regiones australes*.— Madrid, Imprenta de Manuel G. Hernández, 1876.— T. I, cap. I, p. 2.

Según el P. Celsus Kelly O. F. M., la isla del Nombre de Jesús es la hoy conocida como Niú, en el archipiélago de las Ellice.

Véase también: BUSE DE LA GUERRA, Hermann... *Los peruanos en Oceanía*. Lima, Imprenta P. L. Villanueva, 1967.— p. 254.

de Poniente. Desde el 16 de enero hasta el día 31 no se vio tierra alguna, turnándose las miradas de babor a la proa, según creyeran en Sarmiento o en Mendaña. Ganó el segundo, porque amaneciendo el domingo 1 de febrero se avistó una isla. Esta vez el mar estuvo calmo, permitiendo apreciar una tierra que bajaba del Nor-Este al Sur-Oeste haciendo hacia esta última parte "*Unos Mogotes altos a trechos y a la otra parte Un lomo de tierra como Restinga Vaja y a la punta del Nordeste tiene dos Mogotes altos, La Restinga es angosta, en algunas partes La Varía la Reuentasón de pleamar*"³². Intrigados los descubridores estuvieron rondando su hallazgo hasta el martes 3 de febrero, imponiéndole por nombre los *Bajos de la Candelaria* por haberlo visto la víspera de esa festividad mariana. Pero por mucho que marinos y soldados observaron la isla no vieron señales de que fuera poblada. Esto decidió a Mendaña a no perder tiempo en bajar a ella, largando velas ese mismo martes por la mañana. En los días que siguieron, siempre avanzando al Oeste, los marineros atraparon palos, palmas y cocos que flotaban en el mar arrastrados por las aguas de los ríos. A Mendaña debió iluminársele el rostro. Había llegado el momento de demostrarles a todos que tenía la razón. Y doblando los vigías, satisfecho debió de irse a acostar³³.

El hallazgo

El sábado 7 de febrero de 1568, día de San Romualdo, apareció la primera isla salomónica. Efectivamente, al amanecer se avistó "*Una gran Tierra aunque entonces parecia poca parte della por cima de Unas cellajes*"³⁴. El piloto Hernán Gallego, como siempre, porfió que aquello no era un accidente real sino fantasía de los ojos. Sarmiento reafirmó que era isla y aseguró "*que lo hera porque en la Viendo La Marcó y nunca hazia diferencia*"³⁵. En la discusión se estuvieron hasta que aclaró el día, perfilándose a la luz del sol "*Una grandissima cordillera de Tierra*"³⁶. Dispuestos a comunicar lo visto a la almiranta trataron de ubicarla por la amura de babor, pero menuda sorpresa se llevaron todos cuando, lejos de estar allí, la vieron por el Nor-Oeste. Durante la noche a pesar de su lentitud y pesadez, se había adelantado como para hacer peligrar el viaje en conserva, pues de haber proseguido la oscuridad se hubiera distanciado tanto que horas después habría sido imposible ubicarla.

32. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 222.

33. Los *Bajos de la Candelaria*, según el P. Celsus Kelly O. F. M., serían las Islas Onton. El nombre de la Candelaria se debería a esa devoción mariana celebrada el 2 de febrero, pero, también, porque los descubridores habían dividido el Mar del Sur en dos grandes golfos o partes: el *Golfo de la Concepción*, que abarcaba del Callao a la isla del Nombre de Jesús, y el *Golfo de la Candelaria*, desde esta última isla hacia Occidente.

34. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.* p. 223.

35. *Loc. cit.*

36. *Loc. cit.*

Acercáronse entonces ambas naves y aproando hacia la isla, estando ya a cuatro leguas de ella, salieron a su encuentro cantidad de piraguas con guerreros atezados que bogaban prestamente. Los nativos evidenciaban entusiasmo y sus embarcaciones eran de madera negra con incrustaciones de nácar. Al frente de cada una venía un caudillo, orgulloso guerrero tan oscuro como su piragua. Las embarcaciones se detuvieron a una distancia prudente, no osándose acercar a los navíos, pero colocadas a medio tiro de ballesta, sus ocupantes preguntaron mediante señas por el jefe de los blancos. Luego de muchas repeticiones los españoles les entendieron, mostrándoles entonces a Alvaro de Mendaña, entre todos singularmente engalanado, quien recibió de sus hombres las mayores reverencias de acatamiento, para que por ello entendiesen los isleños lo que por palabras no les podían decir. Con esto y otros gestos amistosos que los marineros hicieron, los nativos se fueron acercando en sus piraguas, lo que aprovechó Mendaña para arrojarles desde la borda bonetes colorados, sombreros, trozos de telas de colores, cascabeles y sartas de cuentas, objetos todos que fueron recibidos muy bien. No obstante, siguieron aferrados a sus remos, mostrando desconfianza y preparándose para cualquier sorpresa. Un marinero entendió lo que pasaba y, para hacerles perder el recelo, se arrojó al mar y estuvo nadando entre las piraguas ofreciéndoles bizcocho a los nativos, también descorchó una botella y sacando un pequeño vaso de plata dio a beber vino a uno de ellos. El guerrero recibió el vaso y bebió todo el licor, pero a la hora de devolver el recipiente no lo hizo apropiándose en la forma más descarada. El gesto del marinero animó a varios isleños a encaramarse por la *escala de gato* y entrar en la nao, recibíendoseles allí con grandes muestras de amistad e intercambiándose algunos abrazos. Eran los isleños casi todos muy oscuros y semejantes a guineos o africanos de San Jorge de la Mina; aunque su tez no era estrictamente negra —como en el caso de los congos, angolas y mozambiques— sino inclinada a la coloración del cacao; era, por así decirlo, achocolatada. Se diferenciaban de los africanos en tener más suelto el pelo, con el que hacían complicadísimos peinados que adornaban con guedejas de colores. El peinado parecía ser lo más exótico, estando “unos con coronas, como frailes, otros se cortan el cabello . . . otros se trasquilan casi media cabeza de hacia el colodrillo, otros dejan un pedazo de cabello que parece una gorra puesta de lado, otros dejan unas guedejas que les crecen tanto que, de encima de la oreja, llega hasta abajo de los pechos, y tráenla hecha una trenza; otros no se trasquilan y hacen unos rizados a manera de tocado, que enrizan el cabello por las puntas por un lado y por otro, hasta llegar sobre las orejas, y después hacen otro rizo muy menudo por medio de la cabeza, que toma del colodrillo a la frente”³⁷.

37. LANDIN CARRASCO, Amancio . . . *Op. cit.*, cap. V. p. 41.

Las apreciaciones de Mendaña son interesantes en lo que respecta a los isleños: “Hay en esta isla diferentes colores de indios; unos son de la color de los del Pirú y otros negros y algunos blancos, son los que salen poco de sus casas, y mucha-

Prosigue la descripción: "*Traen la lengua y labios muy colorados y se los colorean con una hierba que comen, que tiene la hoja ancha y quema como pimienta, y con cal que hacen de lucayos blancos, que es una piedra que se cría en la mar como el coral; mascando esta hierba y teniendo desta cal en la boca, echa un zumo colorado que es el que les hace tener siempre muy colorada la lengua y labios, y también se pinta con este zumo la cara, por gallardía. Aunque masquen esta hierba, no se tiene el zumo colorado si no le mezclan con la cal dicha*"³⁸. Viéndoseles ya con más detenimiento no parecían guineos africanos, porque bastantes tenían el cabello rubio o mechones de este color y lucían unas narices muy toscas que les afeaba las caras. Tampoco eran mulatos —porque en éstos predominaban las facciones europeas— pareciendo con más exactitud zambos o zambahigos, como los que en el Perú eran fruto de las uniones de los negros con las indias. Su atuendo personal se circunscribía a un taparrabo de tela de fibra listada, pero los adornos eran múltiples: una pluma larga y vertical en la cabeza, orejas de cañutos con motivos geométricos, collares de dientes humanos y muñequeras de caracoles, brazaletes de lo mismo y, colgando sobre el pecho, una media luna de madera incrustada de nácar, ornamento que les daba una prestancia especial. Estos isleños, luego de recorrer la capitana sin mayores muestras de admiración, saltaron a sus *molas* o embarcaciones y, al parecer sin despedirse, retornaron a la playa aunque haciendo señas a los cristianos para que los siguieran a sus pueblos³⁹.

Como no se había echado el ancla, Mendaña comisionó entonces a Andrés Núñez, caudillo de soldados, para que saliese con el batel a reconocer y sondar un buen puerto que parecía verse desde allí y que los nativos habían nombrado Beulu. Pero los peruleros se sintieron demasiado solos en la inmensidad de aquella costa, se admiraron con las muchas aldeas y sospecharon que las múltiples piraguas que salían a su encuentro estuvieran tripuladas por nativos antropófagos. Esto último desanimó a Andrés Núñez y a sus hombres, quienes temieron arribar a la playa y ser hechos prisioneros, reflexión que se unió al hecho de que se estaba haciendo tarde. Sin pensarlo dos veces cambiaron entonces de rumbo y, bogando hacia la nao capitana, llegaron a ella al tiempo que se ponía el sol⁴⁰.

Consecuencia de no haberse hallado puerto fue el que las dos naves se quedaron sin fondear y pasaron la noche barloventeando. Las corrientes empero arrastraron a los barcos seis leguas al Poniente, por lo que al

chos. Enrízanse todos y enrúbíanse muchos y algunos son rubios de su natural. Las mujeres son de mejor gesto y aún más blancas que las indias del Pirú, pero afeanse mucho por tener los dientes negros, que de industria los tienen, así hombres como mujeres; los niños y las niñas son de buen gesto, y no parecen tan mal por tener los dientes blancos. Traen las mujeres corto el cabello, que no les llega a los hombros, y muy rubio. Los indios se trasquilan de muchas maneras...".

38. *Loc. cit.*

39. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 224.

40. *Loc. cit.*

cuarto del alba éstos estuvieron a riesgo de encallar en unos bajos de coral que se descubrieron a tiempo por romper en ellos las olas. Presurosos los marineros sacaron los navíos, pretendiendo los pilotos ganar un puerto que cerca de los arrecifes se veía. La maniobra se hizo con rapidez y los mascarones se pusieron para tierra. Se avanzó en esta dirección sin mayores prevenciones, mas cuando se trató de hacer virar a la capitana, no lo hizo tan bien como la almiranta, descubriéndose que el timón se había trabado. En estas condiciones el navío *Los Reyes* se iba a estrellar contra las peñas. Sus ocupantes quedaron paralizados de terror y con más espanto todavía vieron cómo crecía la isla en sus narices. Todos se aprestaron a saltar por la borda y lanzarse al agua para librarse así del golpe del encallamiento. Pero cuando decían oraciones y votaban penitencias devorados por la angustia, crujieron los goznes del gobernalle ante los muchos esfuerzos de Gallego y el timón se soltó, ladeándose la nave en medio de un suspiro de alivio y cambiando el horizonte de roca por otro de mar azul carente de toda peña. De este modo se salió otra vez al océano, tomándose el abati-miento del timón como un milagro de Nuestra Señora ⁴¹.

Nuevamente en mar afuera Mendaña decidió barloventear toda la mañana, mientras los bateles salían en demanda de un puerto seguro. Los buscadores de éste tardaron demasiado y los navíos, sin que lo quisieran sus pilotos, se encontraron flotando sobre un banco de rocas coralíferas. “*Y andauamos en quatro o cinco braças de fondo, todo peña viua, sin sauer a qué parte yr que vuisse más fondo, porque en tocando las naos se desfondarian por causa de ser todo peñas*” ⁴². Y prosigue Alvaro de Mendaña, autor de estas líneas: “*y para salir la buelta de la mar era el viento por la proa; boluimos a hacer nuestras plegarias y oraciones, como es costumbre de navegantes cuando se ven en peligro, como nosotros a esta ora estauamos, y fue Dios seruido que alargando vn poco el viento y con las bolinas haladas, metiendo el bordo casi en el agua, salimos a la mar. Y para que más claramente entendiésemos que era Dios el que nos sacaua destos peligros, por intercesión de su bendita madre, a quien siempre la poníamos por intercessora, quiso mostrarnos señal en el cielo y en la tierra, y fue desta suerte: que despues de auer salido a la mar, pareciéndole al piloto mayor [Hernán Gallego] que no era bien, por ser ya cerca del mediodía, aguardar con las naos a que los bateles que auian ydo a buscar puerto bolviessen, porque venian muy tarde y pudiera ser que con la viraçon cargara el tiempo y fuera trauesía en la costa de la isla, y que lo más acertado era meternos en tierra con las naos y buscar puerto, determinamos de dar la buelta, lleuando dos anclas prestas y las escotas hiça en la mano para si fuesse menester dar fondo sobre el baxo; o yendo de la manera dicha la buelta de tierra vimos*

41. *Loc. cit.*

42. MENDAÑA, Alvaro de... *Relación del primer viaje de Alvaro de Mendaña escrita por el mismo al Rey*, en: ZARAGOZA, Justo... *Op. cit.*, T. II. p. 19.

una estrella muy clara y resplandeciente, que parecía por derecho de la gubia mayor de la nao, y siguiendo por el derecho della entramos en un puerto sin peligro ninguno, y a la entrada dél vimos que de vna montaña que estaua sobre la mar, toda la peña viua, cayó un pedaço della con mucha arboleda en el agua, haciendo gran terremoto y ruido: y aunque en España se ha visto algunas vezes estrellas a mediodía, el verla nosotros en tiempo de tanta necesidad y sucedernos tan bien la entrada del puerto, es causa que lo tengamos por obra de Dios y que de su mano nos vino aquella guía para acertar a entrar en el puerto”⁴³. El piloto Gallego ve todo con más frialdad y sólo escribe: “y al entrar por el arrecife se nos apareció (a hora del mediodía) una estrella, que la tuvimos por guía y buena señal... y al entrar en el puerto cayó un gran pedazo de tierra mayor que la nao”⁴⁴. En resumidas cuentas, el día que entraron a puerto hubo una estrella en el cielo y un terremoto en la tierra.

La tarde de este día se dedicó al descanso, pero en la mañana del siguiente Mendaña y sus hombres bajaron a tierra. Los soldados construyeron una cruz y fray Francisco de Gálvez, vicario de la armada, la cargó y llevó a cuestras un buen trecho de la playa, deteniéndose al fin en el sitio destinado a ella. Allí se le clavó en el suelo, cantando los frailes el *Vexilla regis prodeunt*. A continuación Alvaro de Mendaña, luciendo sus galas de Capitán General, tomó posesión de esa isla en nombre del Católico Rey de las Españas, llamándola de Santa Isabel por haber salido tal día del Perú. Luego de la ceremonia llegaron algunos nativos en piraguas y saltando en tierra se acercaron a los españoles con muestras de amistad, abrazándose con ellos muy alegremente e invitándolos a que fuesen a sus pueblos. Todo hace pensar que fue en este momento que los nativos mostraron curiosidad hacia los ritos cristianos, entablándose con ellos una plática sobre temas de religión que hizo escribir luego a Mendaña: “Tienen estos indios buena lengua porque pronuncian nuestros vocablos tan claro como nosotros y a uno le fueron diciendo el Credo en romance y lo pronunció todo tan claro como si fuera español”⁴⁵. Pero a estas alturas la situación se complicó, porque entonces ladraron unos perros que los peruleros bajaron a tierra para que husmearan posibles emboscadas y asustados con la presencia de los fieros animales —sin duda alanos, hijos de dogo y mastina— partieron a correr, subiendo a sus piraguas y apartándose de la orilla remando a toda prisa. Los españoles rieron algún rato y luego se dedicaron a buscar un sitio para hacer un astillero donde construirían el bergantín que les permitiera explorar las islas vecinas, de las que ya tenían noticia.

Esa misma tarde —que fue el lunes 9 de febrero, aunque Sarmiento se empeñe en decir que fue martes 10— estando Alvaro de Mendaña en

43. *Ibidem.*, pp. 19 y 20.

44. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. IV, p. 35, nota 7.

45. MENAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 21.

su nave, recibió la visita del taurique Bile-Ban-Harra, uno de los reyezuelos más poderosos de la isla. Era monarca de una provincia llamada Samba; tendría treinta años, lucía mediana estatura y menos feo que sus vasallos. Venía muy fachoso con un turbante alto de plumas blancas, muchos brazaletes de hueso y en el pecho una patena grande labrada de forma redonda y toda de nácar. A la espalda traía una rodela, arma defensiva que añadía a su persona un aire de ferocidad. Desde su embarcación se mostró algo desconfiado, más todavía desde que algunos marineros lo reconocieron por haberlo visto en las piraguas del recibimiento del día anterior. Pero astuto y sin ganas de perder el tiempo, a modo de tanteo, hizo la señal de la cruz con sus manos, entendiendo que con ellos agradaba a los cristianos. Sin embargo, por más saludos e invitaciones que le hicieron desde la borda, no hubo nada que le hiciera dejar su desconfianza. Mas he aquí que un esclavo africano golpeó un tamboril y esto animó tanto a los oscuros romeros de la piragua que subieron presurosos por la escala y descubriendo al negro que tañía el atambor, se pusieron a bailar en torno a él con gran soltura como si estuvieran en sus casas. Sólo entonces accedió a subir Bile y, encaramándose por la escala de cuerda, se encontró en cubierta. Una vez allí, sin dejarse ganar por el asombro, saludó a Mendaña con grandes muestras de amistad, ofreciéndole a modo de regalo cocos y raíces. Retribuyó el General con generosidad una ropa de grana con pasamanos de oro, una camisa, un sombrero y muchas cuentas de vidrio. El taurique se mostró muy agradecido y propuso a Mendaña el trueque de sus nombres en señal de paz, ofreciéndose a ser su aliado todo el tiempo que estuviera con sus barcos en la isla. El General le aceptó la permuta y agradeció el ofrecimiento de alianza militar, con lo cual se despidió Bile-Ban-Harra y sus guerreros, volviendo todos a tierra ⁴⁶.

Otro día, pretendiendo no ser menos, se presentó a bordo Meta, el reyezuelo rival de Bile. Vino con muchos de sus vasallos, trayendo curiosos instrumentos musicales. Mendaña al respecto escribió. "*La música que ellos tienen son muchos canutillos de cañas juntos, puestos por su orden, unos mayores que otros, a manera de órgano, los cuales tocaban con la boca, como quien toca pífano, y unos caracoles grandes a que ellos llaman costís. Luego mandé que tocasen alguna trompeta y pífano, y después cantaron algunos soldados, tocando una vihuela; admiráronse de ver nuestros instrumentos, y más de oír cantar. Danzaron luego, que son muy amigos de danzas, y como yo les daba algunos regalos y les hacía buen tratamiento y les mostraba mucha amistad, me venían a ver cada día, aunque con poca comida; y cada vez que venían al navío traían sus armas*" ⁴⁷.

La visita de Meta despertó susceptibilidades en Bile-Ban-Harra, por lo que al día siguiente, cuando venían dos piraguas de Meta con comida para

46. *Loc. cit.*

47. LANDIN CARRASCO, *Amancio... Op. cit.*, cap. V, p. 37.

los barcos, salió en sus embarcaciones a atacarlas, "*bogando con furia contra ellos, puesto él en pié entre los bogadores dándole muchas Vozes, amenaçándoles con la Mano*"⁴⁸. Tan bravo lo vieron los de Meta que se le rindieron sin combatir El los perdonó aunque parece conservó a unos pocos, entre ellos un hijo de su enemigo, gritándoles a los demás: "*afuera, afuera, como Nos hauia oydo dezir el día antes*"⁴⁹. Indignado se dirigió entonces a la nave capitana y rabiando subió a ella, mostrándole al General sus prisioneros y diciéndole "*que no fiasemos de aquellos, que heran espías, y que el Taurique Meta hera traidor y malo y que tenía hecha liga contra Nosotros con otros tauriques muchos de los cuales nombró... y que a él Le ahuian combidado para ello y que no hauia consentido diciendo que éramos sus amigos y estauamos en su Tierra y nos hauía de defender*"⁵⁰. Entendiendo Mendaña los celos del reyezuelo, le agradeció sus palabras y despidió con nuevos regalos.

Así las cosas, un tercer taurique pretendió entrar en tratos con el General y comenzó por enviar al jefe de los hombres blancos un obsequio de calidad. Mendaña estaba en tierra y terminaba de oír misa, cuando, dirigiéndose al astillero a ver la obra del bergantín, fue detenido por un grupo de nativos portadores del regalo. Era éste un brazo de muchacho con su mano. Entendió el General definitivamente que aquellos isleños eran antropófagos y para demostrarles que los cristianos no comían carne humana, mandó enterrar el obsequio en la playa, delante de todos y en especial de los súbditos de Bene, que así se llamaba el reyezuelo. Estos se corrieron mucho y bajando sus cabezas, regresaron donde su taurique⁵¹.

Desde su indignada y última visita a la capitana, nadie volvió a ver a Bile-Ban-Harra, por lo que muchos peruleros apreciaron en esto una mala señal. Mendaña ordenó a Pedro de Ortega y a Sarmiento de Gamboa que bajaran a tierra a buscarlo, porque sospechaba que estaba tramando una traición. Los dichos —seguidos por veinte soldados— lo hallaron en un lugar llamado Comba, mostrándose Bile muy tibio en su recibimiento, lo que acentuó la desconfianza de sus buscadores. No obstante, consintió en ir a ver al General, aceptando así la invitación que éste le hacía. En eso vinieron a ver a los soldados las esposas e hijas de Bile, quien las ofreció a sus visitantes para que durmieran con ellas. Por diversas razones no aceptaron la merced, lo que intrigó tremendamente al reyezuelo y a los nativos que lo acompañaban, todos los cuales empezaron a mirar sorprendidos "*como quien imaginaba que no deuíamos de ser hombres y esto entendimos porque vimos algunos dellos que andauan muy solícitos por ver si teníamos sexo...*"⁵². La voz corrió por todo el poblado, poniéndose curiosísimas las

48. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 225.

49. *Loc. cit.*

50. *Loc. cit.*

51. MENDAÑA, Alvaro de... *Ou. cit.*, T. II, pp. 25 y 26.

52. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Op. cit.*, p. 226.

mujeres, por lo que escribió alguien: “y como algunos de los nuestros se apartasen a orinar, ellas se iban tras ellos para ver con qué, y hubo una que se llegó a tomar de la falda del sayo a un soldado por verlo. Como los nuestros se escusasen, se subió un indio escondidamente encima de un árbol donde algunos se apartaban a orinar, para verlos sus vergüenzas, porque no sabían qué juzgar de nosotros”⁵³.

Vueltos a los navíos comunicaron a Mendaña la próxima visita de Bile; como ésta no se realizó, tornó a bajar Sarmiento el 15 de febrero con algo más de doce hombres, adentrándose en una tierra de palmas y cañas, lluviosa a fuer de tropical y poblada de salvajes. Encontró a Bile confabulado con los otros reyezuelos y hubo de luchar en forma encarnizada, retornando todos muy fatigados con algún prisionero y también con la noticia de que aquella tierra de Santa Isabel era una isla y no continente como algunos habían afirmado. Además, no era la única. Muchísimas islas anunciaban los indígenas con dirección al Sur. Dos hijos de Meta, que capturó Pedro de Ortega, aseguraban lo mismo⁵⁴.

Los tanteos por el archipiélago se hicieron más fáciles gracias al bergantín que animosamente construyeron los descubridores. El 7 de abril zarparon en él Pedro de Ortega con treinta hombres y el piloto Hernán Gallego. Más de un mes emplearon en visitar las muchas islas, nombrando a las primeras que avistaron con los apelativos de *Ramos*, *La Galera*, *Buenavista*, *San Dimas*, *Flores* y *Guadalcanal*, bautizando así a esta última por la villa de Guadalcanal, en Cazalla de la Sierra, patria de Pedro de Ortega. Aquí acudieron muchos melanesios exóticamente adornados y Gallego observó que las mujeres tenían en las orejas y aun en collares que les rodeaban el cuello, grandes pepitas de oro. El piloto preguntó entonces al caudillo de esa gente por la procedencia del metal dorado y el reyezuelo le contestó, también por signos, trazando un largo surco en el suelo y llenándolo de agua. No cabía duda de que en aquella isla había un río de arenas auríferas. Dispuesto a conocerlo partió Gallego con el bergantín, descubriendo su desembocadura por donde —según la imaginación de todos— las pepitas rodaban al mar. Los tripulantes del barquichuelo felicitaron al piloto por su hallazgo, bautizando Río Gallego al que llevaba tan dorado caudal. Vueltos a zarpar tocaron entonces en las ínsulas de *Borue* (San Jorge), donde encontraron “dos ollas de barro muy delgado, que en toda la tierra que anduvimos no se halló otra vasija de barro sino ésta”⁵⁵, las de *San Marcos*, *San Jerónimo* y *Recifes*. Durante estos recorridos sostuvieron frecuentes choques con los melanesios, tanto en la tierra como en el mar, aunque sin pérdida de vidas por parte de los peruleros.

Mientras esto sucedía, Bile-Ban-Harra visitaba a Mendaña en su navío. El propio General nos describió el acontecimiento, relatándonos el

53. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.* cap. V, p. 37.

54. *Ibidem*, pp. 37 y 38.

55. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, pp. 27 a 29.

acercamiento de la piragua real con el taurique a bordo; dice así: “venía con tanta gravedad y tono que, para ser bárbaro, nos admiró; porque llegó en su canalucho sentado, después de haber llegado todos sus naclonis, que quiere decir vasallos, y, subidos al navío, se estuvo un rato mirando y puesta la mano en la mexilla sin hablar palabra, y aunque yo le llamaba, no me respondía, y como nos riésemos todos de ver su gravedad, queriendo él reirse, se tapaba la boca con la mano con mucha disimulación; y poco a poco se vino llegando al navío, y como no subía a él, le llamé, y entonces me dijo si le quería matar, y que se temía mucho. Yo le dije que no se temiese, que yo era su amigo y hermano, y que subiese luego. Mandó [entonces] a un hermano suyo, que venía detrás dél en el canalucho, que le sacase todas las manillas que traía en el un brazo y la patena que traía al cuello, y se las hizo lavar muy bien; y acabándolas de lavar, me mandó a decir que mandase desviar toda mi gente y me senté; subió con tanta gravedad y se puso en el borde y se estuvo un rato mirando el navío; y como vió que debaxo del toldo había mucha gente, se pasó por el borde a donde yo estaba y, sin hablarme, se sentó junto a mí. Luego hizo la cruz con las manos y miró al cielo, alzando las manos arriba, y me puso la patena al cuello y las manillas en el brazo, que en hacer esto tardó otro rato sin hablar, y entendió que me hacía gran presente, y yo entendí que ellos lo tienen en mucho, porque no lo traen más que los señores. Cuando a él le pareció que era hora de hablar, me dixo que él tenía mucho miedo que le había de matar y que a esta causa no había venido a verme, que de aquí adelante lo haría y me traería comida y quería ser mi amigo, y que sus indios serían mis naclonis, y que él y yo seríamos señores desta tierra. Algunos momentos antes le había yo preguntado quien era el taurique desta tierra y él me respondió que Ago, que quiere decir vos, y después Arra, que quiere decir yo, y que él y yo seríamos itapalus, que quiere decir hermanos, y que todos los naturales serían mis naclonis, que quiere decir vasallos, y me servirían todos. Y como le hubiésemos dicho antes cómo Nuestro Señor Dios era Rey del Cielo y de la Tierra, y Mar, y de todo lo criado, y también que el Rey de Castilla era gran señor y de toda la tierra, me pidió que le diese a entender esto: yo le dije que Dios, que era caiboco, que entre ellos quiere decir gran señor, y bocruí, que quiere decir muchas cosas, y que era Rey del Cielo y de la Tierra y de la Mar, sol, luna, estrellas y de todo el mundo; y que el Rey de Castilla lo era de toda la Tierra y que yo y todos nosotros éramos sus vasallos. Entonces él hizo una señal que no fue de bárbaro, porque puso la mano tendida en el aire, la palma hacia el suelo, y con un dedo de la otra señaló sobrepujándole arriba, diciendo si Dios estaba arriba en lo alto, y como yo le diese a entender que sí, se quedó admirado y, mostrando en alguna manera holgarse, dixo que quería ir a verlo. Pasamos otras cosas en conversación y le regocijó su venida y le mandé dar colación, y se estuvo un rato en el navío muy contento y regocijado viendo la buena amistad que yo le hacía; y aunque los indios que trujeron presos de Meta esta-

ban presos en el cepo y los tenía cerca de sí, no quiso mirarlos más de una vez, mostrando tener autoridad en esto. Al tiempo que se quiso ir, me pidió que se los diese, que los quería llevar; yo le dije por buenas palabras que no lo podía hacer y le rogué que de aquí adelante no tuviese guerra con Meta, sino que fuesen amigos, y me dijo que no quería ser su amigo; y aunque de antes había preguntado al hijo de Meta si quería ser su padre amigo Bile, me había dicho que no. Entonces di a entender a Bile que no comiese carne humana ni él ni sus indios, significándole el daño que dello les venía, y me respondió que no la comería más, antes la enterrarían, haciendo señas cómo cavarian la tierra y la echarían y cubrirían con ella; y se fueron todos muy contentos y trujéronme dos canaluchos de coco y vinnahu” 56.

Así las cosas, pocos días después, retornaron Pedro de Ortega y Hernán Gallego con los del bergantín. La relación que trajeron de sus descubrimientos animó mucho al General. Tanto que, deseando nuevos hallazgos, ordenó zarpar con *Los Reyes* y el *Todos los Santos* hacia la isla de Guadalcanal. La ilusión del “río de oro” era el acicate de Mendaña. Efectivamente, el General no estuvo tranquilo hasta que fondeó sus naos frente a su desembocadura. Parece que entonces hubo algo de decepción, porque el río no traía tantas pepitas como quisiera, enterándose que lo mejor de la cosecha aurífera se hacía aguas arriba, en un punto donde la agresividad de los nativos no permitía llegar. El único que no mostró entusiasmarse con la noticia fue Hernán Gallego, quien marcando en su carta particular la posición exacta del río dio posteriormente a Mendaña y a los demás pilotos una situación errada del lugar. Esta fue la razón por la que veintiocho años después el General Mendaña no pudo regresar al archipiélago salomónico. Dicen que Gallego lo hizo para no compartir su río con nadie 57.

Desde Guadalcanal salió nuevamente el bergantín al mando del Alférez Hernando Enríquez, retornando a los dieciocho días con noticia de nuevas ínsulas: *Malaita*, la *Atreguada*, las *Tres Marías*, la *Santiago* y la *San Juan*. Como al preguntársele a los indígenas por otras tierras éstos siempre les señalaron al Sur y Sur-Oeste, no hubo opción a que se exploraran las islas del sector nor-occidental, creyendo todos, sencillamente, que no existían. Tras esta conclusión Mendaña se sintió feliz. El exótico archipiélago había sido explorado por completo 58.

Pero mientras el bergantín descubría, los nativos le mataron nueve hombres a Mendaña. Al desembarcar cayeron fulminados por las flechas que por su dureza más que de madera, de hierro parecían. Las rodela protectoras de poco o nada sirvieron. A vengarlos bajó entonces a tierra el ca-

56. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. V, pp. 39 a 41.

57. MENDEÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, loc. cit.

58. *Ibidem*, p. 33.

pitán Pedro Sarmiento, quien mató veinte nativos y les quemó varios pueblos. “Y porque por desprecio habían puesto los indios en unos palos altos unos pedazos de cocos, entendiendo el General ser cabezas de los nuestros”⁵⁹, envió por segunda vez a Sarmiento de Gamboa, quien les incendió “todos los pueblos donde halló pedazos de los jubones y camisas de los españoles muertos”⁶⁰.

Hecho el castigo y recogida una cantidad pequeña de pepitas de oro, Mendaña consideró prudente carenar sus naos. No andaba Sarmiento en muy buenas relaciones con el General, por lo que antes de salir —por desligarse de él— le dio el mando de la almiranta. Entonces el Capitán General Alvaro de Mendaña y Neyra, muy seguro de sí mismo, ordenó partir. Y sacando sus barcos de Guadalcanal el 13 de junio de 1568, aprobó a la Isla de *San Cristóbal*, llegando a ella el 2 de julio, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora⁶¹.

Aquí levantó un poblado, llamado precisamente, de la Visitación. Los navíos, por su turno, fueron varados a la playa y rodando sobre troncos se les adentró en la arena dándoseles de lado. Acostados sobre los costillares o cuadernas, los marineros empezaron a limpiar sus cascos, librándolos de mariscos, también de algas, y poniéndoles parches de tabla. Al terminar la carena comenzó el breado, tornándose los carenadores en forzados calafates y destapándose para ellos los toneles de alquitrán. Aprovechando este lapso, los del bergantín volvieron a salir en una última misión exploratoria, retornando poco después con dos isillas en su haber: la de *Santa Ana*, descubierta el 26 de julio, y la de *Santa Catalina*, hallada en fecha posterior. Con estas dos postreras y pequeñas islas se terminó el descubrimiento salomónico de aquel archipiélago que sus buscadores bautizaron del Poniente, por saberlo al Oeste del Perú, y la posteridad, Islas del Rey Salomón o *Insulas Salomonis*, por creerlas el Ofir bíblico⁶².

La importancia de las islas descubiertas no podía ser mayor. El propio Mendaña, con visión de caballero mercader, aquilataba su acierto: las Islas del Poniente eran el puente entre el Nuevo Mundo y el Viejo. A cambio de lana, azúcar, algodón, cueros y maderas, el Perú recibiría oro, plata, marfil, sándalo y piedras preciosas. El mundo era redondo y a través de sus Islas del Poniente, las Indias de Colón y las Indias de Vasco de Gama iban a darse el abrazo definitivo. Ya no había que competir con los lusitanos; en materia de comercio solo España y Portugal; las Coronas de Francia e Inglaterra palidecerían de envidia... Y Alvaro de Mendaña, el hidalgo mercader, navegante afortunado, soñaría con navíos a la vela que salidos del Callao pasaban a sus Islas del Poniente a esperar las armadas portuguesas de Goa y Calicut.

59. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. VI, p. 47.

60. *Loc. cit.*

61. *Ibidem*, cap. VII, p. 48.

62. MENAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, pp. 34 y 35.

Aderezados los barcos y entendiendo siempre de los nativos que las tierras por descubrir quedaban al Sur y no al Norte, juntó Mendaña a sus soldados y marineros para pedirles su parecer sobre fundar un pueblo y dejar en él españoles de guarnición. La mayoría de los consultados se inclinó por regresar al Perú a dar cuenta del descubrimiento al Gobernador Lope García de Castro, porque para levantar poblaciones tenían poca gente y mucha de ella enferma; por otro lado, escaseaba la munición, vale decir, las pelotas de plomo, y también las mechas de los arcabuces, amén de que estas armas estaban con las llaves dañadas por la humedad y algunas habían reventado. Esto era importante porque los nativos no tenían otro oficio que la guerra, entendiéndola muy eficientemente, al punto de matar a sus prisioneros para devorarlos en festines y guardar sus cráneos como trofeos... Además, si se fundaban fortines españoles los soldados quedarían en un mundo perdido y salvaje, librados a un abandono casi total. Pero, en resumidas cuentas, era la lejanía del Perú lo que los abrumaba ⁶³.

Cuando le llegó su turno a Sarmiento de Gamboa, por darle la contra a todos o porque en verdad era un convencido, opinó que la búsqueda no había terminado. La *Instrucción*, según él, era muy clara al determinar que poblaran y descubrieran todo lo que pudieran; todavía podían poblar y buscar más tierras, sobre todo al Sur-Oeste, y al decir esto pensaba Sarmiento en el perdido continente austral de Ptolomeo, la Tierra Incógnita de los antiguos, la Catigara de los cosmógrafos medievales, morada de las Diez Tribus perdidas que —huyendo del cautiverio de Salmanasar, rey de los caldeos— pasaron allí en busca de una región jamás hollada por los hombres. Mas no se prestó oídos al derrotero de Sarmiento por la opinión mayoritaria y la del piloto Gallego —aunque confesó que había tierras al Oeste y Sur-Oeste— añadió “*que no había tiempo para buscar más islas, porque cada día se comían los bastimentos y las jarcias de los navíos se gastaban más, y que para poblar había muy poca gente y que estaba la más enferma y aquellos indios estaban todos de guerra y que entre ellos no podían vivir, y que si más se tardaban, no podrían, volver [a causa de los vientos contrarios] a dar noticia a Su Majestad de lo que habían visto*” ⁶⁴.

El parecer de Hernán Gallego dirimió la disyuntiva y Alvaro de Mendaña decidió el regreso al Perú por la vía de Chile, esto es, la derrota del Sur-Este. Así perdió Sarmiento de Gamboa, la histórica oportunidad de convertirse en el “*Coloncillo de Australia*”.

63. LANDIN CARRASCO, Amancio... *Op. cit.*, cap. VII, pp. 49 y 50.
MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, pp. 35 y 36.

64. *Loc. cit.*

El retorno

El miércoles 11 de agosto de 1568, día de Santa Susana, zarpó la armada del puerto de la Visitación con rumbo al Sur-Este. Lo hizo en medio de recios vientos y mar gruesa, enfilando sin sospecharlo, al archipiélago de las Nuevas Hébridas. En su navegar por las estribaciones del Mar de Coral toparon leños quemados y algunas palmas atadas que el piloto Gallego creyó procedían de Nueva Guinea. Es verdad que podían venir de las Luisiadas, pero —entendiendo que las naos también llevaron rumbo Este Sur-Este— podían proceder de Utupua, Ndeni, Tinakula o Vanikoro si no de la isla de Torres; aunque en esto las corrientes tienen la última palabra ⁶⁵,

A pesar de que se había navegado demasiado poco, todos desconfiaban de la ruta de Chile escogida por el General. Hernán Gallego y Pedro Rodríguez habían hablado del derrotero de la Nueva España pintándolo más seguro y tentador, por lo que la decisión de Mendaña gozaba de poca popularidad, en otras palabras, marinos y soldados cumplían con desagrado. Mendaña se defendió alegando que en tal época reinaban malos vientos al Norte de la equinoccial, pero su opinión se perdió en el mar de los incrédulos. Todavía más; los malos vientos se presentaron a desmentir al General y curvándole los mástiles terminaron por romperle la antena mayor a su nao capitana, deshaciéndole la vela que sostenía. Los soldados asustados miraron a los marineros; los marineros se miraron entre sí. A punto de verse *pasmados* —término de mareantes que equivalía a abandonarse a la muerte— unos y otros se confabularon con el escribano y la liga cobró visos de motín. Lo que ocurría era por demás explicable. No hay nada tan desalentador para los que han surcado aquellos mares como palpar la soledad de esa latitud, sobre todo cuando consta que al Sur no hay tierra ninguna y que, por tanto, de ese punto no se puede esperar socorro en situación de peligro. Resulta entonces terrible mirar al Austro y convencerse de que allí no hay nada. Un movimiento interno de repulsa obliga a volver los ojos al Septentrión donde si hay tierras aunque lejanas, las que sirven de consuelo por representar una esperanza. No era exactamente el caso de los hombres de Mendaña, pues tierras en cantidad había al Sur —las Chesterfield, las Hébridas, Nueva Caledonia, las Howells Norfolk y Nueva Zelandia— pero como tales lugares no existían en el pensamiento de los expedicionarios, la ruta era de desolación si no de muerte ⁶⁶.

Sintiendo todo esto los soldados y mareantes de la capitana, valiéndose del escribano para dar legalidad a su desobediencia, requirieron al General. El propio Mendaña nos refiere así la protesta masiva de su gente estampada en un papel y refrendada por el actuario: “Y viendo los sol-

65. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, cap. III, p. 17.

66. *Loc. cit.*

dados que yo no quería seguir el parecer de los pilotos, vinieron a mi y me dixeron que por amor de Dios no mandasse navegar por parte donde ellos y yo pereciésemos y nos ahogásemos; que los pilotos decían que era imposible salir con las vidas si yuamos por la parte del Sur, y que les pagamos tan mal el auer traujado conmigo en servicio de V. Mgd, que quisiese pagarles con llevarlos a la muerte. Los marineros también clamauan y estaban tan desmayados que apenas podian marear las velas, y viendo yo que toda la gente tenía por hierro que yo dexase de seguir el parecer de los pilotos, les dixi que mi intento no era sino que acertásemos la nauagación, pero que pues a todos les parecia que lo más acertado era haçer lo que los pilotos decían, que fuesse muy a buena ora, mas que te acordassen, y que el tiempo me sería testigo de los traujos que habían de pasar". Y concluye Mendaña: "Fue tanta el alegría que la gente tuuo de ver que ya estaua determinado de yr por la Nueva España, que parecia auían resuscitado" 67.

A raíz de este suceso las proas viraron al Nor-Este y el 4 de setiembre cruzaron el ecuador. Poco después avistaron unas islillas que llamaron los *Bajos de San Mateo*. Aquí hallaron un escoplo hecho de un clavo, un gallo de los de Castilla, y muchos pedazos de cuerda, amén de palmas agujereadas, todo lo cual llevó a pensar que allí habían fondeado naos españolas o portuguesas. Es difícil pensar que se tratara de las Carolinas, inclinándonos más por las Gilbert, Ralik o Ratak porque pensar en las Marshall parece ya demasiado, aunque tampoco imposible a juzgar por la isla que a continuación tocó la expedición. En todo caso, la armada había dejado Melanesia y estaba en la Micronesia. Desdichadamente no se halló agua dulce en los Bajos de San Mateo y esto desalentó a todos, porque la que traían estaba muy mala, lo mismo que el pan. Demás está decir que por estas deficiencias fallecieron varios hombres 68.

Algunos días después descubrieron otra isla que llamaron de *San Francisco*. Todo lleva a suponer que estaban en la isla de Wake, sólo que un error de cálculo hizo a los pilotos situarla en los 21 grados de latitud Norte cuando en realidad estaba dos grados menos. La isla era baja y mostraba estar habitada solamente por pájaros marinos, por lo que nadie pidió desembarcar, entendiendo no podía ser más pobre 69.

De haber virado a Levante Mendaña habría dado con el archipiélago de Hawaii, pues estaban a la altura de sus islas nombradas Maui, Molokai, Lanai y Kahoolawe así como de la de Oahu —sede ésta de la actual Honolulu— pero el General no reparó en esta ruta, perdiéndose así la última posibilidad de un hallazgo polinesio. En síntesis, los barcos pasaron de largo aproando al Septentrión hasta situarse —sin saberlo— en el paralelo de la isla de Santa Bárbara, en los Angeles de California.

67. MENAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 41.

68. *Loc. cit.* Los Bajos de San Mateo o Bajos de San Bartolomé se han identificado con la Isla de Namu, en el archipiélago de las Marshall.

69. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 18.

A punto de perder la Nueva España viraron entonces al Oriente, pasando por el Norte del ignorado archipiélago hawaiano, paraje marino donde una noche se perdió de vista a la almiranta, desatándose al siguiente día un viento horrible y aterrador. El piloto Hernán Gallego confesaría después que en sus cuarenticinco años de marino nunca vio cosa igual; y Mendaña, todavía con la pluma temblorosa, recordará el miedo de todos y hará constar el día apocalíptico: fue el 17 de octubre víspera de San Lucas ⁷⁰.

Este día, luego de anunciarse por ciertos nubarrones que oficiaron de heraldos negros, bramó el huracán. El viento sopló tan fuerte que el General hizo amainar las velas, clavar y brear la escotilla. Pero los vientos —siempre los vientos— no por ello dejaron de hacer mal y embistiendo a la capitana debieron torcerle su rumbo y atacarla de través. El barco acusó el castigo y empezó a soportar los bandazos que hicieron oscilar la arboladura. Los mástiles se movieron como péndulos al revés. Los vientos entonces arreciaron y acometiendo a la nave nuevamente le provocaron un balance al punto de hacerla escorar más de cuarenticinco grados, irrumpiendo el agua estrepitosamente por la borda e inundando la cubierta con un ruido que ponía espanto. Las relaciones están de acuerdo en que el viento hizo a la nao “*meter todo el costado de la banda de la borda debaxo del agua hasta la escotilla*” ⁷¹ permaneciendo en esta posición el tiempo suficiente como para hacer temer a todos lo peor: la volcadura. Fueron instantes larguísimo en los que se sintió quebrarse las botijas, entrechocar los bancos y rodar las mesas, también dar los muebles con sus contenidos en el suelo. Los hombres se conformaron con caer unos sobre otros profiriendo juramentos y frases incoherentes salpicadas de terror. Todo esto bajo la cubierta, donde casi no entró el agua por estar clavada y breada la escotilla; pero sobre ella, al aire libre, el espectáculo no podía ser peor. Era tanta el agua encerrada entre las bordas, que “*nadaban los marineros y soldados dentro de la nao*” ⁷². El ruido del mar era horrendo y en los instantes que cesaba —como si cobrara aliento para luego atacar con más furia— se escuchaba el llorar desesperado de los hombres que se arrepentían de sus pecados y clamaban misericordia al cielo. Mendaña contará después: “*era tanto el llanto de la gente, que quebraua el corazón oyr las lástimas que se deçían*” ⁷³. Pero el pánico no inhibió al General quien mostrando rara serenidad en tales momentos, ordenó echar el batel al mar y descargar de este modo el navío. El batel cayó pesadamente al agua, pero el barco no se alivió mayormente con su ausencia. Entonces Mendaña ordenó cortar el mástil para aligerarlo más. Se opuso a esta orden el piloto Hernán Gallego, advirtiendo a Mendaña que si esto se hacía no podrían luego navegar. Pero primero

70. MENDAÑA, Alvaro de... *Op cit.*, T. II, p. 70.

71. *Loc. cit.*

72. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 19.

73. MENDAÑA Alvaro de... *Op. cit.*, T. I, p. 43.

estaba salvar la vida que avanzar con ella, y el árbol cayó al mar con sus velas y antenas. A modo de explicación dijo el General que para sesenta leguas que faltaban para la costa mexicana podían valerse de otro palo. Desarbolada la nao comenzó a enderezarse, pretendiendo Mendaña gobernar con el trinquete, mas el viento era tan fuerte que una vela que se puso voló convertida en harapos. En su afán de alcanzar pronto la costa, los marineros reemplazaron la vela con unas frazadas. Con éstas, la nave se pudo gobernar algo, equilibrándose lo suficiente para que el agua se vaciara por los imbornales. Cuando los marineros dejaron sus puestos de maniobra para bajar a las bodegas y achicar el agua de alguna vía con la bomba, hallaron un cuadro sobrecogedor bajo cubierta: los soldados agrupados rezaban el Credo y un fraile *“los animaua mucho a que muriesen como christianos, exhortándolos a que tuuiesen verdadera contrición y arrepentimiento de sus pecados”* ⁷⁴.

Tres días después de todo esto —calmado el mar y despejado el cielo— Mendaña hizo mirar la comida y el agua de las pipas, hallando de ambas muy poco. Desde la isla de *San Francisco* la ración se había acertado a un cuartillo de agua y a doce onzas de pan, pero aquí se vio el General precisado a tasar medio cuartillo por persona y ocho onzas de bizcocho. El hambre fue muy sentido, pero mucho más la sed. El piloto Hernán Gallego narrará que *“iba la gente de sed y hambre muy fatigada”* ⁷⁵, añadiendo que era espectáculo diario *“ver los soldados estar jugando la ración del agua, y el perdidoso estar bramando hasta recibir la otra”* ⁷⁶.

Consecuencia de la pobreza alimenticia fueron las enfermedades. Estas parecen haberse centrado en el escorbuto, pues hablando de los expedicionarios anotó Mendaña: *“hinchábanse a muchos dellos las encias y creciales la carne dellas sobre los dientes”* ⁷⁷. A otros les flaqueó la vista de debilidad; los más sufrían de calenturas. *“Y con el poco remedio que habían y poco regalo que tenían —escribió el General Mendaña— echábamos cada día a la mar vn hombre, y el principal regalo que ellos hallauan era llamarme para que los viesse morir”* ⁷⁸. Concluyendo el General: *“No sólo entonces me daua pena y compasión grande lo que veía pero aora, y todas las veses que me acuerdo de cómo los veía morir, me llaga al alma y me estremezco”* ⁷⁹.

Tres meses navegaron en estas condiciones, unas veces subiendo y otras bajando, pero siempre con dirección a California. Las setenta leguas de mar que pensara el General Mendaña y los pilotos que lo separaban de tierra americana el día del huracán, se convirtieron en más de seiscientas.

74. *Loc. cit.*

75. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 20.

76. *Loc. cit.*

77. MENDAÑA, Alvaro de... *Op. cit.*, T. II, p. 45.

78. *Loc. cit.*

79. *Loc. cit.*

Este error equivalió a que la capitana tuviera que sortear nuevos temporales, quedando a causa de ellos muy desvencijada y siempre a merced de los malos vientos, pues carecía de palo mayor. Llegó un momento en que todos se sintieron perdidos, reconociendo los puntos cardinales sólo por la salida del sol. La brújula se consideró viciada y cayó en el desprestigio. La ballestilla y el astrolabio cobraron fama de servir sólo para complicar la situación. Con el espíritu decaído y los cuerpos extenuados se recibió la fiesta de la Natividad, y luego la del Año Nuevo. Eran las segundas Pascuas que pasaban en el mar y el segundo año que recibían a bordo. No verían las terceras Navidades —pensaban— porque pronto dejarían de contar los años para hundirse en la eternidad con un sudario de espuma.

Pero he aquí que un día de la primera semana de enero de 1569 se vieron unos maderos flotando. Los ánimos se incorporaron y los enfermos creyeron mejorar. Poco después aparecieron las aves, aisladas primero, en bandadas después. Todas eran señales inequívocas de tierra. Cañas, nuevos troncos y nubes de pájaros marinos terminaron por evidenciar el continente que, en efecto, estaba allí. Era una faja larguísima que corría de Norte a Sur en línea recta. Estaban de vuelta al Nuevo Mundo, aquello era la costa de la Nueva España. Y las figuras esqueléticas de los soldados dieron saltos de alegría, abrazándose y bailando, dándole un adiós al padecer. Los enfermos preguntaron desde sus literas, mostrando con la mortecina luz de sus hundidos ojos un crecido interés; se les contestó que estaban en la Nueva España y entonces, después de largos meses, sus macilentos rostros se iluminaron y sus desdentadas bocas, golpeadas por el escorbuto, sonrieron. Arriba en la cubierta los hombres daban gracias a Dios, unos de rodillas, otros corriendo de un lado para otro, pero todos mirando a tierra. Entonces fue que el piloto Hernán Gallego escribió con visos de humor marinerero: *“Fue Dios servido de mostrar la deseada tierra, que algunos desconfiados decían no ser posible, y, certificados della, se alegraron de ver la madre de todos; que la mar es buena para los peces”*⁸⁰.

El navío *Los Reyes* ingresó al puerto mexicano de Colima el 23 de enero de 1569. Un día después, a lo mucho dos, cuando se lo creía perdido, entró el *Todos los Santos* guiado por Sarmiento de Gamboa. También entró sin mástil ni batel con poquísima comida y un solo botijo de agua. Al verse los hombres de ambos barcos lloraron de placer. Nueva España los recibió a todos como descubridores de las Islas de Poniente, pero no hubo mayor algazara sin duda por ser un hallazgo que pertenecía al Virreinato del Perú. La hazaña había costado treintiuna o treintidós vidas, no se había fundado ningún pueblo, pero se sabía ciertamente que en las islas descubiertas abundaba el oro, y esta era voz general. Las naves permanecieron en Colima cuarenta días, tiempo a lo largo del cual murieron algunos de sus tripulantes. De allí pasaron a Nicaragua para repararse y el 11 de se-

80. GALLEGO, Hernán... *Op. cit.*, T. I, p. 22.

tiembre arribaron al Callao. El Alférez Mayor Hernando Enriquez llevó la noticia a Lima, ciudad que por entonces esperaba al nuevo Virrey don Francisco de Toledo. Este gobernante resultó más apegado a la tierra que al mar, enfriándose a su vera el entusiasmo perulero por los descubrimientos de las Islas del Poniente. Pero a pesar de tal desgano mostrado por el sucesor de Lope García de Castro, las ínsulas aquellas decían mucho de sí y sus descubridores seguían contando maravillas de ellas. Y así escribe el cronista Antonio de Herrera: "*Dicen que podrían ser continente con la Costa de la Nueva Guinea, i Tierras por descubrir a la parte Occidental del Estrecho [de Magallanes], toda la de estas Islas parece de buen temple, i habitable, fértil de Mantenimientos, i Ganados: halláronse en ellas algunas Frutas, como las de Castilla, Puercos, i Gallinas, gran multitud de Naturales, de color baço, cmo Indios, otros blancos, y rubios, i negros atezados, que es argumento de continuarse con Tierras de la Nueva Guinea, por donde pueden haverse mezclado tantas diferenciaz de Gentes, de las que acuden a las Islas de la Especería*"⁸¹.

La nueva tierra, a no dudarlo, era excelente y atesoraba un *Río de Oro* mejor que el que conocían los portugueses en el Africa. También había minas de plata y podían establecerse pesquerías de perlas mayores que las de Cubagua y Tierrafirme. Por estar cerca de la India, las Islas del Poniente tendrían también piedras preciosas, marfil, nácar y oloroso sándalo amarillo, graciosos monos con cara de gato, y pavos reales de florida cola factible de transformarse en abanicos de la China. Otra riqueza que no podía pasar inadvertida era el futuro tráfico de esclavos, no en vano casi todos los isleños eran tan negros como los etiopes de la Biblia... En fin, aquella tierra no podía ser más rica, sólo que se tardaba tres años en ir y regresar de ella. Tres años, sí, el mismo tiempo que empleaba el fenicio Huam cuando navegaba a las órdenes del Rey Sabio. Por su riqueza y largo viaje las Islas del Poniente evocaban el periplo salomónico. ¡Aquello era el Ofir! ¡Era Tarsis! ¡Sí, eran las *Islas del Rey Salomón* y estaban a ochocientas leguas de Lima!

81. HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de... *Descripción de las Indias*.— Buenos Aires, Imprenta Continental, 1944.— Cap. XXVII, p. 152 del T. I.